

WULF DORN

LA PSIQUIATRA



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2015

Título original: *Trigger*

© 2009, Wulf Dorn (www.wulfdorn.net),
Originally published 2009 by Wilhelm Heyne Verlag,
Munich, Germany
All rights reserved

© 2015, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
© 2011, de la traducción: Bea Galán

Primera edición en esta colección: febrero 2016

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN:
DL B 24814-2015
CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Fotocomposición:
Grafime. Mallorca 1. 08014 Barcelona (España)

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Anita
Las tres cifras mágicas: 6 0 3

Y para K.-D.
Estés donde estés, aquí te echamos de menos

¿Quién teme al hombre del saco?

¡Nadie!

¿Pero qué hacemos si lo vemos?

¡Correr!

Canción de un juego infantil alemán

PRÓLOGO

Ciertas leyendas hablan de lugares que atraen el mal. Lugares en los que las desgracias se suceden inevitablemente, incomprensiblemente.

Hermann Talbach estaba convencido de que las ruinas de la vieja finca de los Sallinger eran uno de aquellos lugares. En su pueblo todos lo estaban. Algunos pensaban, incluso, que cualquiera que se acercara a ellas estaba condenado a perder el juicio, como le sucedió al propio Sallinger, quien una noche de mayo prendió fuego a su casa y murió entre las llamas junto a su mujer y sus dos hijos.

Y, sin embargo, esta vez Talbach habría dado lo que fuera por encontrar las ruinas lo antes posible. Mientras corría por el camino del bosque, acompañado por Paul, rezaba por no llegar demasiado tarde. En sus manos estaba evitar una tragedia.

Enfundado aún en su mono azul y con las manos manchadas de aceite, el mecánico pasó a toda prisa junto a los mohosos escombros del antiguo arco de la puerta. Aunque hacía tiempo que había cumplido los cuarenta y un accidente en la plataforma elevadora del taller lo había dejado cojo, Paul, de diecinueve años, apenas podía seguirle el ritmo.

¿O quizá la lentitud del chico estuviera provocada por la visión de las estrellas de cinco puntas que alguien se había dedicado a pintar en varios mojones para ahuyentar a los malos espíritus? La mayoría había palidecido con el paso de los años, ciertamen-

te, pero aún podían reconocerse con claridad; la suficiente como para mantener viva la zozobra ante el tenebroso poder de aquel lugar. Y, por el comportamiento de Paul, parecía que ninguna generación quedaba a salvo de aquella angustia. En el reparto de los talentos, el Creador había bendecido al joven ayudante de Talbach con formalidad y diligencia, pero al parecer se había quedado sin reservas de coraje y astucia...

Cuando el mecánico llegó a lo que había sido el patio interior de la finca, se dio la vuelta para mirar a Paul, que lo seguía jadeando, y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, dejando en su lugar una holgada mancha de aceite.

–Tiene que estar por aquí –dijo, jadeando, mientras miraba a su alrededor–. ¿Oyes algo?

Paul apenas alcanzó a negar con la cabeza.

Ambos aguzaron el oído e intentaron escuchar más allá de los tenues sonidos del bosque. Los pájaros gorjeaban en la distancia, una rama seca crujió bajo el peso de la bota de Talbach, un abejorro aleteó sobre un pequeño serbal y el zumbido de los mosquitos pareció adueñarse del aire. Talbach ni siquiera se dio cuenta del festín que los pequeños chupópteros se estaban dando en sus brazos y cuello. Estaba demasiado concentrado en percibir un grito humano, por lánguido que fuera.

Pero fue en vano. El lúgubre silencio de aquel maldito lugar lo cubría todo como un pesado y oscuro manto. Pese al calor del mediodía, Talbach notó que tenía la piel de gallina.

–¡Allí! –gritó Paul, sobresaltándolo.

Miró hacia el lugar que señalaba el chico y vio el destello. Provenía de un trocito de papel de plata que había quedado atrapado en el frágil halo de un rayo de sol. Los dos hombres corrieron hacia allá y descubrieron hierba pisoteada, huellas de zapatos y otro pedazo de papel de plata escondido tras un tronco enmohecido.

Talbach cogió uno de los papeles. Aún olía al chocolate que había envuelto hacía poco.

–Han estado aquí. ¿Pero dónde...?

No acabó la frase. Tenía puesta toda su atención en el claro del bosque en el que esperaba encontrar más huellas. *Tenía* que haber más huellas.

Entonces posó la mirada en una zona cubierta de maleza que rodeaba el antiguo patio de la finca. Se acercó más a ella y vio unas ramitas dobladas. Y justo detrás, una especie de escalera de piedra.

—¡Aquí está! —gritó.

Tan rápido como le permitieron la capa de musgo y el resbaladizo manto de hojas secas que cubrían la escalera, Talbach bajó por los peldaños, seguido muy de cerca por Paul. En cuestión de segundos se encontraron en el viejo sótano de la casa. Talbach dejó escapar un grito de sorpresa al ver abierta de par en par la pesada puerta de roble con las bisagras de hierro oxidado.

Paul se quedó inmóvil a su lado, rígido cual perro cazador que acabara de ver a su presa. Lo que tenía ante sí le hizo palidecer.

—Qué demonios... —gimió Talbach. No fue capaz de decir nada más.

Horrorizados, los dos hombres clavaron su mirada en la mancha de la pared izquierda del sótano.

La sangre aún estaba húmeda. Parecía una mancha de aceite color púrpura sobre las mugrientas rocas.

PRIMERA PARTE

LA PACIENTE

*«Scary monsters, super creeps,
keep me running, running scared!»*

DAVID BOWIE, *Scary monsters*

I

Bienvenidos a la CLÍNICA DEL BOSQUE
Medicina psiquiátrica,
psicoterapéutica y psicósomática

El maldito límite de velocidad en el vasto recinto de la clínica era de veinte kilómetros por hora, pero el velocímetro de la doctora Ellen Roth marcaba, al menos, cincuenta.

Se dirigía al edificio en el que se hallaba la unidad número nueve. Por enésima vez aquella mañana miró hacia el cuadro de mandos, como si esperara que los pequeños dígitos del reloj se compadecieran de ella y se lo tomaran todo con un poco más de calma. Sin embargo, estos le indicaron con inclemente exactitud que llegaba más de media hora tarde.

También por enésima vez maldijo el embotellamiento con el que se había topado en la autopista, entre el aeropuerto de Stuttgart y la salida de Fahlenberg, y que, como todo caos circulatorio, convertía cualquier propósito de planificación horaria en un imposible y aproximativo proyecto de cálculo. En su camino hacia la clínica había pasado de un atasco a otro y, en los poquísimos tramos en los que había podido circular con fluidez, había rezado para no cruzarse con ningún radar.

Si Chris hubiese estado con ella le habría recordado que las prisas no son buenas consejeras. «Cuando se llega tarde, se llega tarde. De nada sirven unos minutos más o menos», le habría dicho.

Chris, su novio y compañero de trabajo, se hallaba en aquel momento a diez mil metros sobre el suelo... y ya lo echaba de menos. Aunque aquella mañana él no había estado de muy buen humor, la verdad. Al contrario, se había mostrado muy serio mientras le pedía que pensara en su promesa. Pero a ella se le revolvía el estómago con solo pensarlo. ¿Y si fracasaba y lo decepcionaba? ¡Ay, no quería ni imaginarlo!

La grava del suelo salió disparada en todas direcciones cuando Ellen se detuvo en el aparcamiento reservado para el personal del hospital. Apagó el motor y respiró hondo. El corazón le latía con tal fuerza que parecía haber corrido los sesenta kilómetros desde el aeropuerto.

«Cálmate, Ellen, cálmate. Llegas muy tarde, pero ya no puedes hacer nada por evitarlo» se dijo, mientras miraba fugazmente por el retrovisor.

Por un instante tuvo la impresión de haber visto a una desconocida en el espejo; a una mujer mucho mayor que ella. Bajo sus ojos marrones se dibujaban unas marcadas ojeras y su oscuro pelo corto, que por lo general le confería un aire fresco y juvenil, parecía reseco y grisáceo en el interior del coche.

Suspiró.

«Podrías tirar el DNI y hacerte valer por tu aspecto», le sugirió a su imagen en el espejo. «Así podrías jubilarte a los veintinueve.»

Ya iba siendo hora de reducir el estrés y aumentar los ratos de descanso.

Salió de su biplaza y cerró la puerta de golpe, justo un segundo antes de darse cuenta de que se había dejado la llave puesta. Volvió a abrir y extrajo la llave en el preciso momento en que sonaba el busca. Ya era la segunda vez desde que había entrado en la zona de cobertura.

–¡Ya va! –increpó al aparato, mientras lo apagaba.

Pero este volvió a sonar en cuanto Ellen se puso a correr hacia el edificio. ¡Cómo odiaba aquel horrible chisme de plástico negro! Tenía el tamaño de una caja de cerillas pero una facilidad enorme

para sacarla de sus casillas, requiriéndola cuando se encontraba en los sitios más inverosímiles, como la cantina a la hora de comer, o «aquel lugar al que hasta el director de la clínica va a pie», como solía decir Chris.

Pero esa mañana el pequeño monstruo le recordó que, por primera vez en su vida, estaba llegando tarde al trabajo. Y el hecho de que «His Master's Voice» —otra de las expresiones del inagotable repertorio de Chris— hiciera sonar su exacerbante *püüp püüp* por tercera vez en menos de dos minutos, no dejaba lugar a dudas. Alguien la esperaba con impaciencia. Ellen deseó de todo corazón que no hubiese sucedido lo que Chris temía que sucediera.

El hombre se llamaba Walter Brenner y tan solo era capaz de balbucear un incomprensible galimatías apenas emparentado con el lenguaje; algo que sonaba de forma muy parecida a «Simmmss-seeeennn».

Según los datos personales del formulario de su traslado, Brenner tenía sesenta y cinco años y era soltero. Aquel día llevaba un raído pantalón de pana marrón y una camisa de franela cubierta de manchas en la zona del pecho. Por lo visto, sentía debilidad por los asados bañados en salsa... o, en su defecto, por algo ya seco que parecía haber sido salsa.

Por lo demás, daba la sensación de que desconocía por completo el uso habitual del peine y la maquinilla de afeitarse. Los pelos de la barba se le adherían al arrugado y demacrado rostro mediante agujas invisibles, y su peinado –suponiendo que aquello que le cubría la cabeza pudiera llamarse peinado– hizo pensar a Ellen en la conocida foto de Albert Einstein, aquella en la que saca la lengua al fotógrafo.

Además, y por si fuera poco, Brenner emitía un hedor que no debía distar mucho del camembert podrido. Una mezcla de orina, sudor y sebo que envolvía su triste figura como una nube.

«Hoy tendría que haberme frotado la nariz con mi perfume Calvin Klein en lugar de pulverizármelo por el escote», pensó Ellen, aunque procuró que no se le notara y en su lugar dijo «Buenos días» y le ofreció la mano.

Brenner ni siquiera se dio cuenta de su presencia. Tenía la mirada perdida en el vacío.

—Al señor Brenner lo han trasladado directamente desde el departamento de urgencias del Hospital Central —le comunicó la enfermera Marion, al tiempo que le entregaba los papeles del ingreso.

Ni Ellen ni el resto del personal de la Clínica del Bosque sentían el menor aprecio por la corpulenta enfermera, que hacía tiempo que había dejado atrás los cincuenta. Lo cierto es que ahora, con su fervor religioso y su preocupación de gallina clueca por todos y cada uno de los pacientes, Marion lograba sacar de sus casillas hasta al más templado. No obstante, llevaba ya tantos años trabajando en la unidad número nueve que, según las malas lenguas, hasta le habían adjudicado un número de inventario.

—El pobre hombre aún no ha sido capaz de pronunciar nada inteligible —añadió, dándole unos golpecitos a Brenner en el hombro, aunque él no pareció darse ni cuenta.

—¿Sabemos por qué lo han traído? —quiso saber Ellen.

—Una vecina lo llevó a urgencias porque se lo encontró en la escalera de su edificio completamente desorientado. Desde entonces no reacciona ante nada y parece sumamente confuso. Además, tiene muy afectado el sentido del equilibrio; apenas puede caminar, el pobre.

Como si quisiera confirmar aquellas palabras, Brenner farfolló algo y eructó después sonoramente, sin apartar la vista de un punto fijo en el suelo, junto a la silla de Ellen. El olor de su aliento hizo que las dos mujeres se apartaran perceptiblemente de él.

—¡Dios santo! —exclamó Marion—. ¿Qué demonios ha comido, señor Brenner?

—Pfummm —dijo él, a modo de respuesta.

A Ellen le pareció que podía traducir aquella respuesta. Cuando menos, tenía una ligera idea de lo que podían ser aquellas manchas en la camisa, además de salsa reseca.

—Creo que se ha tomado comida para animales.

La rolliza enfermera la miró sin dar crédito.

—¿Cómo dice?

—No sería el primer jubilado al que no le queda más remedio...

—dijo Ellen, examinando ya a Walter Brenner con más atención—. La comida para perros barata alimenta más que una lata de conservas barata. ¿Me equivoco, señor Brenner?

Brenner reaccionó profiriendo otro sibilante sonido, insólito y enloquecido. Ellen lo pasó por alto, comprobó sus reflejos y le informó de que iba a ocuparse de los papeles de su ingreso. Pero Brenner parecía absorto, una vez más, en la atenta contemplación del suelo.

Ellen revisó el formulario en busca de algún indicio de alteración neurológica. Lo más probable era que el paciente hubiese sufrido una apoplejía que le hubiese afectado al habla y al equilibrio. Evidentemente, también podía tratarse de una pronunciada demencia senil (lo cual explicaría por qué una tal doctora März había considerado oportuno trasladarlo al hospital psiquiátrico), aunque en este caso el comportamiento de Brenner ya habría llamado antes la atención y él habría sido incapaz de arreglárselas solo en su piso. Más allá de que la comida fuera para perros o no, ni siquiera habría sabido salir a comprarla.

La demencia quedaba descartada, pues. Pero entonces... ¿por qué lo enviaban a psiquiatría? Lo mirara como lo mirara, Ellen no le veía el sentido.

Buscó entonces el diagnóstico de su colega y lo que leyó la dejó boquiabierta. Miró a Brenner y volvió a leer los papeles.

«Diagnóstico: F20.0.»

Eso ponía. El código que los especialistas en medicina utilizaban para comunicarse internamente era el mismo que el de la lista de clasificación de enfermedades reconocida por la OMS. Y el F20.0 era uno de los diagnósticos con los que Ellen se topaba más a menudo en su quehacer diario: la esquizofrenia paranoica.

Ellen observó el formulario con más detenimiento, para asegurarse de que no se había equivocado al leer. Estaba escrito con un

trazo bastante desmañado y su inteligibilidad dejaba mucho que desear –Chris, que adoraba el orden, habría dicho que «parecía que lo hubieran escupido»–, pero no cabía duda: la doctora März había anotado F20.0. Claro. ¿Por qué, si no, habría pedido que lo trasladaran a psiquiatría? ¡Era evidente que, en su opinión, el paciente era esquizofrénico!

–¿Es la primera vez que ingresa en esta clínica, señor Brenner?
–preguntó Ellen.

Y como no obtuvo respuesta decidió hacerle la misma pregunta al ordenador. El nombre de Brenner dio un resultado. El informe lo había firmado su colega Mark Behrendt, y lo que este había escrito en un par de frases la dejó sin aliento.

Se dio la vuelta hacia el señor Brenner y le cogió una mano, que por el tacto podría haber pertenecido a una momia. Aquel gesto consiguió llamar por primera vez la atención del señor Brenner. Sin embargo, no halló atisbo de reconocimiento en su mirada; nada parecido a un «¡Vaya, he aquí una mujer con una bata blanca!». Por el contrario, el modo en que la miró expresaba exactamente aquello que acabó articulando: «Agnnnngalll».

Entonces, Ellen apretó la correosa piel de la palma de aquella mano. La marca se mantuvo ahí, como si el hombre estuviera hecho de plastilina.

–¡Increíble!

Al ver la expresión interrogativa en el rostro de la enfermera Marion, Ellen añadió:

–Dele infusiones salinas lo antes posible. Si no me equivoco, en unas horas tendremos ante nosotras a un señor Brenner muy distinto.

La enfermera frunció el entrecejo, lo cual acercó sorprendentemente su aspecto al de un bulldog.

–¿Perdón?

–Dios no es el único que puede hacer milagros, ¿verdad, señor Brenner?

–Garrrrsslll –dijo el anciano, por toda respuesta.

Después suspiró, y Ellen sintió un alivio enorme al abandonar la habitación.

Recorrió el pasillo a toda prisa, se precipitó al interior de su consulta y cerró la puerta de golpe.

La enfermera que atendía en la extensión de urgencias del Hospital Central tardó un buen rato en ponerle al teléfono con la doctora März. Ellen esperó, impaciente. Dejó el auricular sobre la mesa y buscó en su portátil el archivo con la historia médica del señor Brenner mientras del otro lado de la línea le llegaba una melodía sintetizada que se suponía que debía corresponder a una secuencia de la *Kleiner Nachtmusik* de Mozart. Con cada repetición de la melodía, la rabia de Ellen crecía un poco más.

Por fin se oyó un ruido en el teléfono y, al poco, una voz inquieta de mujer.

–¡März al habla!

–Aquí la doctora Roth, de psiquiatría. La llamo por el caso que nos ha pasado, el del señor Brenner.

–Escuche, doctora, ¿le corre prisa? En este momento no sé ni dónde tengo la cabeza. Mis pacientes...

–De eso se trata, precisamente. De *sus* pacientes. ¿Le dice algo el concepto deshidratación? Por si acaso, se lo pondré fácil: como bien sabrá, los ancianos tienen tendencia a olvidarse de beber.

–Perdone, pero... ¿de qué me habla?

–Sin duda sabrá usted que el desconcierto, la pérdida del habla y el simple hecho de poder dejar una marca en la piel sin que esta recupere de inmediato su tersura normal son los primeros síntomas de la deshidratación. Y eso, querida doctora, es lo que le sucede al señor Brenner. Al supuesto esquizofrénico que acaba de enviarme, por decirlo de otro modo.

Ellen cogió aire y brindó a la doctora März la oportunidad de intercalar un comentario.

–Ya –oyó al otro lado de la línea–. ¿Se ha mirado usted su historia?

–¿Por qué?

–La vecina que lo trajo al hospital nos dijo que el señor Brenner ya había estado ingresado en su clínica, en psiquiatría, aunque en aquella ocasión fue de la mano de la policía. Dijo que se lo llevaron porque se había puesto a orinar por la ventana de su cocina, a plena luz del día, vociferando disparates. A los transeúntes que pasaban bajo su ventana les gritaba que salieran de su retrete.

–Me consta que todo eso es cierto, doctora März, pero aun así habría hecho usted bien en ponerse en contacto con nosotros antes de reaccionar tan precipitadamente a las explicaciones de la vecina en cuestión. De haber sido así le habríamos informado de que el señor Brenner ya llegó deshidratado en aquella ocasión y que por eso estaba tan desorientado. Cabe la posibilidad de que su relación con la ingesta de líquido esté algo alterada, pero eso no lo convierte en un esquizofrénico, ¿no le parece? Seguro que el doctor Behrendt, que fue quien llevó su caso en aquella ocasión, corroborará mi diagnóstico en cuanto se lo comente.

Durante unos segundos reinó el silencio, pero al fin la doctora März preguntó:

–¿Está insinuando usted algo?

–No insinúo nada, doctora, afirmo. Su negligencia ha puesto en peligro la vida de un paciente, cuya historia clínica, por lo demás, arrastrará consigo el diagnóstico de «esquizofrenia» toda la vida. Y sin duda es usted perfectamente consciente de lo complicado que le resultará al pobre hombre convivir con este expediente, por erróneo que sea.

–¡Ya es suficiente! –exclamó la doctora März al otro lado de la línea–. ¿Está usted acusándome de...?

–¿Incompetente? –la interrumpió Ellen–. En este caso sí, sin duda.

La respuesta se le escapó entre los labios antes de darle tiempo de buscar unas palabras más comedidas. Pero no tuvo la opción de añadir algún comentario con el que suavizar su tono, pues la doctora März cortó de golpe la comunicación. Ellen se quedó mirando el teléfono, consternada.

«Pero bueno, ¿qué esperabas? ¿Que te diera las gracias y te regalara flores? ¿O una ovación del club de fans de la doctora Ellen-Roth-que-es-la-mejor?»

Sí, su crítica a la doctora März había sido muy dura, pero al fin y al cabo estaba convencida de que tenía razón. No pretendía dar a conocer a nadie aquel suceso, ni poner a la doctora März en la menor dificultad, pero le habría gustado oírla decir, al menos, que lamentaba el error. Se lo debía al señor Brenner. Seguro que el pobre hombre pasaba los días en la más absoluta soledad, en un piso enano, obligado a mezclar los espaguetis con comida para perros, intentando convencerse de que, si la lata que compraba en el colmado era el alimento más completo para los animales y todo lo que contenía era nutritivo para ellos, también tenía que serlo para los humanos.

Si hubiese sido un paciente joven y con buen sueldo y hubiese contado con una buena compañía de seguros para cubrirle las espaldas, seguro que la doctora März le habría pedido disculpas con toda la templanza y amabilidad del mundo. Pero son los casos como los del señor Brenner los que llevan a algunos médicos a pensar que el tiempo apremia y que hay que sacarse trabajo de encima.

«El mundo es injusto, duro e inclemente», pensó Ellen.

La palabra «inclemente» se quedó a hacerle compañía durante la hora siguiente, mientras atendía a sus pacientes. Y cuando acabó con ellos se alegró de poder volver al silencio de su consulta y dedicarse a revisar los documentos que Chris le había dejado listos la tarde anterior, antes de marcharse.

No pudo reprimir una sonrisa al ver el *post-it* pegado en la carpeta. Otro de los muchos detalles con los que le gustaba sorprenderla. En esta ocasión había dibujado un emoticono sonriente y, justo debajo, con su letra simétrica e inconfundible:

«No te estreses, cielo.»

–Si tú supieras... –susurró, y pegó la notita en la pared, justo encima de su escritorio.

La verdad es que en aquel momento se sentía bastante agotada y de mal humor. La semana pasada había trabajado un montón de horas y con una intensidad aún mayor de lo normal, el fin de semana había estado ayudando a Chris en la renovación de su futuro hogar, y aquella noche apenas había dormido por llevarlo pronto al aeropuerto.

Ni siquiera la bebida energética que, en contra de sus principios, había comprado en el quiosco del aeropuerto le había servido de nada. En todo caso la había exaltado, pero no despertado (en el sentido amplio del término, que es lo que ella necesitaba). «Un café y un plátano te habrían ayudado más, seguro», le dijo la doctora que llevaba en su interior. Pero para entonces la lata vacía ya rodaba de un lado a otro del asiento del copiloto de su deportivo.

Sea como fuere, aquel no era un buen modo de empezar la semana. Teniendo en cuenta cómo se sentía, estaba convencida de que habría ganado sin esfuerzo el primer premio en un maratón de sueño.

Dejó a un lado dos formularios para el seguro médico –dos de esos tostones burocráticos que parecían multiplicarse cada vez más–, echó una ojeada a la carta de uno de sus asistentes y, al fin, encontró lo que estaba buscando.

El formulario de ingreso la hizo retroceder en el tiempo y ver a Chris, tenso en el asiento del copiloto, con las luces del aeropuerto a su espalda.

–Quizá debiera quedarme –le oyó decir en su memoria–. Es demasiado importante como para marcharme así, sin más...

Ellen lo había interrumpido y le había asegurado, por enésima vez aquella mañana, que ella se haría cargo del caso; que no tenía que preocuparse por nada.

A modo de respuesta, él le había dedicado una mirada muy seria y le había dicho:

–Es que no quiero tener que ocuparme de ningún otro caso como el de Margitta Stein.

A ella se le puso la piel de gallina al oírle mencionar aquel nombre, pero consiguió que él no lo notara.

–Y no lo harás –le prometió–. No importa lo que suceda. Yo me encargaré de ella.

Y ahí estaba, con el formulario del nuevo caso en la mano y el recuerdo de aquella conversación tan intenso en su memoria que le parecía tener a Chris aún sentado a su lado. Casi podía sentir la mirada preocupada y al tiempo intensa de sus ojos azules, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener la irracional tentación de darse la vuelta y asegurarse de que él no estaba en su consulta. Pero entonces se dio cuenta de que lo que la angustiaba no era la posible mirada de Chris, sino la sensación de haberle hecho una promesa que no estaba segura de poder cumplir.

Movió la cabeza hacia los lados para ahuyentar un asomo de inseguridad y se concentró en el formulario. Por lo general se rellenaban al ingresar los pacientes y se incluían inmediatamente en las historias, pero en este caso Chris lo había dejado en la pila de «REVISAR», para recordarle, una vez más, que aquel caso era –para él, y por consiguiente también para ella– de máxima prioridad.

Leyó la primera línea, en la que se indicaban el nombre y los apellidos de la paciente.

«Desconocidos.»

–No conseguí acceder a ella en el poco rato del que dispuse –le había dicho Chris en su momento.

También ponía «desconocido» en las casillas dedicadas al domicilio y la procedencia, y en la línea inferior Chris había escrito: «La trajeron a la clínica en ambulancia».

«Mira, igual que al deshidratado señor Brenner», pensó Ellen. La diferencia era que en el caso de aquella paciente desconocida no había lugar a dudas; el propio Chris lo había dejado muy claro en la casilla de «Observaciones»:

«Presenta indicios de malos tratos. Reacciona con miedo al contacto físico. No hay datos sobre su persona. Debe de tener

entre treinta y treinta y cinco años. Diagnóstico provisional: alteración de sobrecarga postraumática.»

Fuera quien fuera aquella mujer, estaba claro que había sufrido algo horrible. Y las huellas de los malos tratos mencionadas por Chris no dejaban lugar a dudas sobre el tipo de experiencias traumáticas que había experimentado.

Suspiró. La violación y la violencia de género estaban aumentando exponencialmente en los últimos años. No hacía falta ser una lumbrera para darse cuenta de que la elevada tasa de paro, las dificultades de integración social y el creciente abuso del alcohol tenían mucho que ver en todo ello...

Qué locura de mundo.

Entonces, Ellen vio las tres letras que Chris había escrito en la esquina inferior del formulario:

CEI

Caso de Especial Interés. A Chris le encantaba utilizar una serie de acrónimos que solo conocían ellos dos, pero nunca los subrayaba. Y menos aún dos veces, como en aquella ocasión.

En la casilla de «Comentarios adicionales» había anotado:

«La paciente asegura que está en peligro. La creo.»

–Está bien –dijo Ellen, dirigiéndose al formulario antes de respirar hondo y añadir–: Ha llegado el momento de conocerte.